

## AL OTRO LADO DE LA VERJA

Raúl González de Paz  
Departamento de Matemática

Sebastián pasó de nuevo frente al portón de la verja, tal como lo hacía desde que vivía en el barrio. La verja era de hierro forjado, y la reja de la puerta, vieja y herrumbrosa, aún lucía aquellos arabescos que se acostumbraban en la época de los abuelos. El barrio, todo, se encontraba poblado por recuerdos antañones. Los árboles del pequeño parque daban la impresión de haber estado allí antes que el mismo barrio. Si Sebastián pasaba con frecuencia por aquel sitio, después de asistir a misa, era porque en cierto modo le parecía que el ambiente formaba parte de un “templo” más antiguo y venerable que la iglesia misma. El portón de hierro forjado, que vedaba el paso a aquel terreno baldío, ejercía sobre él una atracción inexplicable, a pesar de que al otro lado no había más que hierbajos y troncos caídos. Algo le decía que allá, en el fondo, se ocultaba un viejo secreto que todo el mundo ignoraba.

Muy temprano, por la mañana, la niebla cubrió las calles. La llovizna había comenzado a caer desde la madrugada. Al salir de la iglesia, Sebastián no pudo reprimir el impulso de pasar frente a la verja, antes de regresar a casa. Al llegar se dio cuenta de que la rutina del paseo se veía perturbada por un suceso inhabitual: la reja tenía el cerrojo abierto y mostraba una rendija que lo invitaba a pasar al otro lado. La niebla parecía haberse congregado en aquel lugar y una nube gris lo cubría. Sin embargo, un hecho más rompía lo rutinario: un viejo sentado junto a la verja. Parecía un mendigo, pero quién sabe si en verdad lo sería. El viejo era pequeño, barbado, y se encontraba sentado al otro lado del portón, como si fuera el guardián de sus secretos. ¿Habría que darle un óbolo al anciano para que lo dejara traspasar ese umbral de incertidumbre?

Aquel hombre arrugado y canoso se aproximó a Sebastián bajo la llovizna. Levantó la mano y, tomándolo del brazo, trató de tranquilizar al paseante, diciéndole: “No temas; tu curiosidad no es malsana. Si llevas bondad en tu corazón, podrás entrar y afrontar las pruebas que te esperan allá adentro. Si haces exactamente lo que te digo, podrás regresar de nuevo al mundo en que has vivido hasta ahora”. Sebastián, al escuchar las palabras del viejo, se sobresaltó y pensó

que quizás lo más conveniente era retomar su camino. No sabía por qué aquel encuentro lo llenaba de temor y ansiedad; sin embargo, de alguna manera, intuyó que debía aprovechar la ocasión que se le presentaba. El anciano agregó: “Si allá, en el momento más angustioso, sientes que estás a punto de perder tu libertad, pronuncia esta palabra—el viejo emitió unos sonidos—y piensa esforzadamente, más con el corazón que con la cabeza, si es que tu corazón sabe pensar, en todo lo que ella representa para ti. Sólo así podrás salvarte y retornar”.

¿Qué fue lo que sintió Sebastián al escuchar la advertencia del viejo? Confusión y temor, seguramente, pero sobre todo una curiosidad desenfrenada que lo incitaba a sumergirse en lo profundo de aquella niebla.

Sebastián se decidió. Pasó al lado del anciano. Empujó la reja oxidada y escuchó su chirrido herrumbroso, quejido metálico de reja abierta por primera vez en mucho tiempo. Sintió sus pasos sobre la hierba y tuvo la sensación de que ésta crecía bajo sus pies. Inmerso en la bruma, perdió de vista el mundo de la calle, su mundo, que quedaba a la espera más allá del portal.

Caminó como ciego entre la niebla hasta que ésta se desvaneció. Una luz mortecina le permitió entrever los alrededores. En ese sitio, apenas si crecía la hierba. Sólo alcanzó a ver matorrales secos adheridos a las piedras y unos cuantos árboles escualidos, que se aferraban, como tratando de sobrevivir, a un suelo calcinado, a una tierra yerma. La escasa luz que había era opaca y fría. Parecía provenir de un astro lejano, olvidado en algún rincón del universo.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrando más y más a la obscuridad, Sebastián vio, acurrucados entre rocas y matorrales, a unos seres quejumbrosos, de apariencia humana, que se lamentaban a la manera que lo hubieran hecho los sobrevivientes de una peste o de la guerra final.

Sobrecogido, temeroso, Sebastián echó a andar por un sendero estrecho, que conducía a una colina donde se alzaba una gran muralla. La muralla rodeaba torres enormes cuyos picos apuntaban al cielo. Aves

rapaces, negras raquílicas, volaban por el aire hiriendo el silencio del lugar con agudos graznidos, como si fueran criaturas anteriores al Diluvio.

Sebastián trepó la colina. Desde ahí pudo divisar unas siluetas simiescas, gárgolas vivientes que montaban guardia en la puerta de la muralla. A su ingreso en la penumbra que envolvía la entrada, cayeron sobre él los guardianes, docenas de guardias, cuya altura no sobrepasaba su cintura y que se aferraron a su cuerpo hundiendo en él sus huesudas garras. Había caído en manos de una legión siniestra que, en vilo, lo llevó a una gran sala penumbrosa. A Sebastián se le entumeció el cuerpo. Cada vez podía moverse menos. Con sorpresa se dio cuenta de que, además de la rigidez que lo invadía, sus miembros perdían forma gradualmente y sus piernas entumecidas se petrificaban.

Sebastián se encontraba solo en aquel lugar sombrío. A su alrededor había bloques de piedras y en algunos se vislumbraban rasgos que permitían inferir que alguna vez fueron humanos. Había rocas que dejaban atisbar, en el enigma de sus rasgos informes, expresiones de angustia aún no desleídas por el tiempo. Sebastián pensó que, en poco tiempo, él también pasaría a formar parte de esas rocas, una piedra más, un trozo de granito seco que volvería al polvo de los tiempos primordiales. Sin embargo, intuyó que, de no emitir la palabra clave pronunciada por el guardián de la verja, no rompería el hechizo que lo aprisionaba y lo afirmaba en aquel lugar. Un sentimiento de desesperación le anudaba la garganta y una inercia creciente lo invadía. Moverse exigía de Sebastián un esfuerzo sobrehumano. Sentía que su conciencia se hundía paulatinamente en un sueño embotador y profundo, y que pronto la perdería.

Recordando las advertencias del viejo, alzó la vista y se esforzó porque acudieran a la memoria sus palabras y al corazón todo aquello que, durante mucho tiempo, había guardado celosamente: amores, tristezas, alegrías, decepciones, creencias, y desengaños. Quizás después no podría discernir si los sucesos fueron reales o ilusorios, pero al fin y al cabo se preguntaba si la ilusión de los sentidos ¿no es, acaso, una realidad para la conciencia?

En medio de la obscuridad y del silencio reinantes, se vislumbraba una débil llama, irradiando colores, reflejos vítreos en el vacío. Ante sus ojos asombrados, se engendraba un ser mítico. Sebastián pensó que, en cualquier instante, la flameante aparición dejaría una estela de armonías en el espacio. ¿Ese ser, hecho de llamas cristalinas, sería un ave de fuego? Más parecía un pez que nadaba por los aires. En todo

caso, al contemplarlo, sintió renacer su fuerza interior junto a la esperanza, casi certeza, de que podría romper el embrujo.

En un esfuerzo, que se le antojó titánico, alzó los brazos y, a pesar de percatarse de que su garganta se negaba a obedecerle y de sentir un peso enorme sobre el pecho, pudo al fin emitir los sonidos indicados por aquel mantra, enviado seguramente para despertar las fuerzas retenidas por largo tiempo en su corazón.

Una tibieza bienhechora le cubrió el cuerpo. Sebastián, en un último acopio de ánimo, sintió que la piedra, la roca misma que era él, se iba quebrando hasta dejar que sus miembros recobraran su forma.

La obscuridad retornó al lugar. Sebastián, ahora, podía buscar y encontrar silenciosamente la salida, pero con el temor de que el ruido de su agitada respiración pudiese despertar la atención de los grotescos cancerberos.

Cuando por fin llegó al portón, Sebastián empujó sus hojas y escuchó el crujido que producía al abrirse. Ahí estaba el sendero serpeante que lo llevaría, colina abajo, fuera de esas tierras inhóspitas. Mientras cruzaba el umbral, volvió a sentir cómo unas garras descarnadas le desgarraban la piel de los hombros. Escuchó un chillido en el silencio y vio que el tropel de simios infernales descendía de las torres. Era necesario huir con prontitud, aun con el engendro que sentía sobre la espalda. Logró cruzar el foso. Aun agotado, Sebastián corría sin parar, al tiempo que un aliento fétido y caliente le quemaba la nuca y unas garras punzantes le herían hombros y costados. Jadeante, veía pasar a ambos lados los bultos gimientes de aquellas criaturas olvidadas en su infortunio.

La niebla comenzó a invadir el ámbito. Sebastián sentía aligerarse de aquel peso insoportable sobre sus espaldas. Al correr sin reposo, la carga se hacía cada vez menos pesada y los garfios de la criatura dejaban de sentirse.

De la espesa niebla emergió de nuevo la sombría silueta de la verja. Fatigado, jadeante, Sebastián empujó la reja que cedió con un chirrido. Había retornado a su mundo. Al tocarse la piel, notó que las heridas habían desaparecido, aunque todavía conservaba la sensación de las garras que lo habían atenaceado durante la fuga.

La niebla se fue disipando y la calle, con sus árboles añosos, retomaba a su aspecto familiar. Los rayos de sol empezaron a calentar la mañana. Atrás, del otro lado de la verja, una bruma insidiosa ocultaba el paso hacia aquel paraje que, en una mañana de invierno, habría de dejar huella para siempre en la memoria de Sebastián.